

AMÉRICA LATINA: EL ESTADO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Yvon Le Bot

Los felicito realmente por la iniciativa de crear el Centro Nacional de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades (CENICSH), porque en los tiempos actuales las ciencias sociales no están bien vistas; tampoco en mi país. Tenemos muchos problemas, aunque tenemos justamente una tradición con institutos de larga historia como el Centro Nacional de Investigación Científica al cual pertenezco y la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales donde también trabajo. Pero los tiempos no son nada favorables; no voy a entrar en el detalle, pero les traigo un saludo muy fraterno y muy solidario de los colegas en ciencias sociales de allá. Los felicito una vez más por esta iniciativa, es para mí un gran honor hablar en este evento, pero también es un gran desafío; el tema es demasiado amplio para lo que puedo responder.

Nadie puede, creo, por sí solo abrazar un mundo tan fragmentado, tan diverso, tan rico como son las ciencias sociales en América Latina hoy. Además, no conozco ni todas las disciplinas ni todas las sociedades latinoamericanas. Para mí, es un placer venir a El Salvador, pues trabajé en varios países vecinos durante largos años, pero El Salvador solo lo conocía por haber venido de visita. Esta es una oportunidad para conocer un poco más del país y espero tener la oportunidad de profundizar en ese conocimiento. Sería presuntuoso de mi parte tratar de explicar el estado de las ciencias sociales en América Latina. Se necesitarían varias personas, varias semanas para dar un panorama un poco interesante de esa riqueza de las ciencias sociales y de su relación con las humanidades.

Mi ponencia se va a limitar a introducir uno de los temas en los que más he trabajado; y que considero un tema central de la sociología, especialmente en la sociología aplicada a América Latina hecha por

latinoamericanos o por extranjeros trabajando en la región. Hay una tradición muy larga y rica. Voy a tratar de acercarme a América Latina desde una perspectiva de los últimos decenios, a partir del tema de los movimientos sociales y los conceptos y categorías que permiten entender lo que está pasando en América Latina hoy en día en esos aspectos. Empiezo por decir que en los últimos decenios, tanto en las sociedades periféricas como en las sociedades del centro, se observa una disociación creciente entre las esferas financiera, económica, social y política. También se observa un auge de los temas culturales, unas mutaciones de la violencia, en sus diferentes formas, un gran desarrollo de los flujos y redes transnacionales.

La inscripción de las sociedades llamadas periféricas en la globalización que estamos viviendo, contribuyó a transformar de manera decisiva las evoluciones internas de esas sociedades y sus modos de articulación con las sociedades llamadas del centro. En los últimos dos años, les afectó la crisis que se debe, entre otras cosas, a esa disociación de las esferas financiera y económica en el ámbito mundial. Bienes, valores y modos de vida se extendieron, durante los últimos decenios desde los centros de producción en el primer mundo, al mundo entero con velocidad acelerada. Sin embargo, la globalización no es un proceso unilateral; cada vez más el sur penetra al norte en forma de bienes materiales, culturales, de personas, informaciones e imágenes; en el sur, existen muchos centros de producción material, cultural e información científica inclusive. Hay un cambio fuerte de las relaciones norte-sur. Claro que la dominación, la explotación y la exclusión no son menores ahora que en el pasado.

Las relaciones entre las sociedades del centro y las de la periferia no son más simétricas o menos brutales. Sin embargo, se transforman. La globalización es asimétrica, se dan nuevos modos de articulación entre los niveles local, nacional y global. Hoy en día, la contribución de la sociología de América Latina a la sociología en general se hace a través del estudio de temas, fenómenos y procesos transversales inscritos en la globalización como lo son los movimientos culturales o religiosos por ejemplo, la gran expansión de las iglesias evangélicas que transforma mucho el panorama religioso de América

Latina; las transformaciones de las identidades, los nuevos tipos de violencia que a veces no están ligados a la política como ocurría en los decenios anteriores, sino que adquieren nuevas formas, nuevas modalidades; las reconstrucciones sociales y culturales provocadas por las migraciones. Todos estos son temas que se estudian en las sociedades latinoamericanas, pero que también se pueden estudiar en el norte. Ya no hay estudios totalmente específicos a las sociedades de la periferia.

Hablaré un poco de este fin de la especificidad latinoamericana. Algunos de nosotros tenemos la edad de haber conocido la gran sociología de la dependencia, de los años sesenta o setenta, o a la gran sociología del desarrollo; las teorías del desarrollismo, de la dependencia. En América Latina, el siglo XX fue dominado por procesos de modernización e integración nacional, dirigidos por los Estados habitualmente y por actores colectivos centrales importantes. Se trataba de movimientos poderosos, aunque frenados por esa situación de dependencia que grandes sociólogos han estudiado, así como economistas e historiadores.

Entre los años cincuenta y setenta, principalmente, la región fue el lugar de debates alrededor del ascenso de las clases medias, la urbanización y la marginalidad, el éxodo rural, el desarrollo y el subdesarrollo, la dependencia, el papel del Estado, el populismo, y las luchas revolucionarias. Debates muy ricos en los cuales América Latina tenía un papel preponderante. En la región se formularon algunas de las teorías que se exportaron a otras regiones del sur, pero también al norte: había muchos profesores latinoamericanos invitados a las sociedades del centro para hablar de esos temas.

Durante los últimos decenios, algunos de los grandes paradigmas que acabo de nombrar experimentaron un reflujó y al mismo tiempo, hay que decirlo, la región perdió cierta visibilidad para el centro y tal vez, unidad en términos sociológicos. Claro que en términos geográficos y culturales todavía existe esa unidad, pero a nivel de categorías que servían a la sociología en esa época para describir los procesos en América Latina había una gran unidad. Ahora se ha fragmentado mucho. Al mismo tiempo, el continente entró en una normalidad

democrática, si podemos llamarlo así, se abrió a los flujos globales. Paralelamente, se dieron procesos fuertes de fragmentación. La globalización está relacionada con la fragmentación en este caso: las desigualdades crecieron, las dualidades internas de las sociedades creo que se ahondaron y multiplicaron; la violencia ahora se hizo más diversa, a veces menos política y más ligada con procesos como el narcotráfico o las violencias delincuenciales; también las afirmaciones de identidad y demandas de reconocimiento se hicieron más fuertes; toda una parte que se puede llamar cultural en el sentido sociológico de la palabra.

Las actitudes hacia el progreso y la modernidad se volvieron ambivalentes. Ya no se cree tanto en el desarrollo o en las posibilidades de la modernización; o por lo menos, no se piensa en términos tan evolucionistas. No se piensa que todas las sociedades están en el camino de la modernidad o el desarrollo industrial como por las etapas que pasaron las sociedades del centro. Hoy día, esa manera de ver las cosas no es tan aceptada por la gente.

La sociología de América Latina, la que se está haciendo ahora está directamente relacionada con temas, preocupaciones y cuestionamientos que están también presentes en las sociedades del primer mundo. Ya no existe una especificidad latinoamericana en ese sentido, aunque evidentemente se puede todavía describir la región en términos antropológicos específicos. Pero hablando en términos sociológicos, yo quiero subrayar esa perspectiva de globalización. Así que la sociología de las áreas periféricas ya no es exótica, ya no hay esa fascinación por lo exótico, que había entre algunos científicos sociales o intelectuales en Europa o en Estados Unidos (EE. UU.). Ahora el trabajo que hacen los sociólogos es como la política: se ha vuelto un poco prosaico cuando se trata de América Latina. Digamos que es una sociología de las fronteras internas y externas, con fronteras sociales y culturales. Una sociología de flujos y transferencias. Entonces, los grandes paradigmas se esfumaron con la pérdida de fuerza de los actores históricos que eran nacionales y de clases. Los regímenes nacionales-populares que dominaron buena parte de la historia del siglo XX en América Latina, se descompusieron o fueron destruidos en los

años sesenta y setenta, debilitados por su incapacidad de respuesta al formidable crecimiento de las demandas populares que ellos mismos contribuyeron a levantar. Esa famosa «revolución de las expectativas» de la cual hablaban los sociólogos de esa época, o bien esos regímenes fueron derrocados por golpes militares.

Se podría empezar con el golpe militar de 1954 en Guatemala, porque allá había un régimen que era nacional-popular y que estaba generando expectativas y tratando de implementar la reforma agraria y otras reformas, por las demandas de las clases populares y la clase media. Pero habitualmente la ruptura real se dice que viene con el golpe militar de 1964 en Brasil, seguido por otros golpes y dictaduras en diferentes países de Suramérica o de América Central.

En los años ochenta y principios de los noventa, las utopías revolucionarias, los «movimientos de liberación nacional» y las dictaduras militares colapsaron. América Latina entró, a partir de entonces, en transiciones democráticas y en una época de globalización neoliberal. Aparecieron nuevos actores que combinan demandas sociales y culturales, toman distancia de los grupos armados, de las guerrillas, así como de la esfera institucional y se identifican más con la sociedad civil. A partir de esa época en América Latina como en otros continentes, los conflictos sociales y políticos revisten fuertes dimensiones culturales. Movimientos construidos alrededor de la memoria y temas de la deuda histórica, pasado colonial, lucha contra el racismo, identidades étnicas, identidades de las comunidades religiosas, demandas de reconocimiento, justicia y dignidad; todos estos componentes tomaron una importancia creciente y tendieron a ocupar el espacio abandonado por los actores clásicos (movimientos campesinos, sindicatos obreros, movimientos nacional-populares, movimientos de liberación nacional). Esos actores han tenido un reflujo y el espacio ha sido ocupado por otros actores, que combinan los temas que mencionamos. En países azotados por dictaduras militares y conflictos armados: Argentina, Chile, Perú, Guatemala, El Salvador y Nicaragua las luchas por los derechos humanos se prolongan más allá de los acuerdos de paz y de la extinción de esos conflictos; toman la forma de movilizaciones en contra del olvido y

en favor de la reparación de los daños, son protagonizados por parientes e hijos de las víctimas, principalmente por mujeres. También emergieron movimientos de mujeres y demandas por temas del medioambiente: la biodiversidad y resistencia a la biotecnología.

Esas demandas en favor del medioambiente adquieren una gran visibilidad desde la Cumbre de Río de Janeiro de 1992, pero se manifestaron esencialmente en controversias entre expertos, que son parte de redes internacionales y pocas desembocaron en movimientos ecológicos de gran envergadura, aunque hay luchas fuertes, fragmentadas tal vez, contra la deforestación, proyectos hidroeléctricos, etc., en muchos países de la región. Pero los movimientos que tal vez tuvieron más auge en ese periodo son los movimientos indígenas, son los que mejor ilustran el surgimiento de nuevos actores en muchos países.

Durante las últimas cuatro o cinco décadas se proyectaron en el centro de la escena nacional en varios países: Bolivia, Ecuador, México, Guatemala, entre otros; menos en países como El Salvador donde la población indígena no tiene la misma presencia. Sin embargo, la importancia de esos movimientos no depende solamente de su magnitud; el principal interés de estos movimientos reside en las orientaciones, y las significaciones que conllevan y difunden más allá del grupo mismo. Modifican sustancialmente los imaginarios nacionales e introducen derechos culturales en la definición de la democracia.

Voy a hablar un poco de estos movimientos indígenas. En un mundo dominado por los mercados y caracterizado, al mismo tiempo, por el ascenso de violencias y poderes neocomunitarios, las luchas indígenas en América Latina son uno de los pocos movimientos en el mundo que combinan conflictos sociales, proyectos culturales y objetivos democráticos. Hoy en día, en varias sociedades latinoamericanas constituyen el principal y a veces el único movimiento social. Según los países, los contextos y los momentos se focalizan en la modernización económica, la integración social y nacional, la protesta ética, la justicia social, la diferencia étnica, a veces la afirmación religiosa o la transición a la democracia.

A diferencia de los fundamentalismos agresivos en otras partes del planeta, la mayoría de los movimientos que se pueden llamar de «identidad» en América Latina tienden a quedarse a distancia de la violencia. Están siempre en el borde de caer o de ser empujados hacia conductas de ruptura, defensa o repliegue comunitario, pero raramente se dejan llevar por esas conductas. En el pasado, algunos de ellos quebraron, pero muchos se mantuvieron en una segunda tensión, durante largos periodos. El análisis de esas experiencias pone en tela de juicio la tesis de una relación causal entre identidad y violencia, y, con más razón, las tesis de Samuel Huntington de un inevitable «choque de civilizaciones». El análisis de estos movimientos indígenas sugiere que las dinámicas culturales se pueden combinar con demandas sociales y con una profundización de la democracia; combinan identidad y democracia. Son movimientos modernos, no desean retornar a un pasado arcaico, contrariamente a lo que dicen algunos de sus críticos como Vargas Llosa. Muestra el análisis que en la era de la globalización, las fronteras atraviesan las culturas, las naciones, las sociedades, las comunidades y hasta los individuos.

Otro tema sociológico que me parece importante, son las migraciones transnacionales. Los Estados nacionales eran los cuadros naturales, digamos, de los conflictos en los cuales los principales objetivos eran la integración nacional, el poder político o el control estatal del modelo y del proceso de desarrollo. Ya esos cuadros de Estado-nación no son suficientes ni aun pertinentes, a veces, cuando se trata de analizar los cambios relacionados con la globalización, las migraciones internacionales, las redes transnacionales o las transferencias culturales.

Hablemos de los migrantes transnacionales, sin tomar en cuenta otros fenómenos como el narcotráfico, la tecnología y demás. Estamos en un país en el que la migración es central, decisiva. Los migrantes transnacionales constituyen una ilustración perfecta de la separación, que hoy se está dando, entre la economía nacional y el sistema globalizado; entre las sociedades fragmentadas y sistemas políticos que ya no tienen control o que por lo menos están perdiéndolo sobre la sociedad y la economía, y aun más sobre el sistema financiero.

Esos migrantes están motivados por el deseo o necesidad de ser parte de los flujos transnacionales de los mercados de trabajo, y están fuera del cuadro y de las instituciones del Estado-nación. Ellos construyen nuevas identidades, alimentadas por las idas y venidas entre dos o más países. Además del inmigrante que vino de una sociedad de partida, para establecerse y posiblemente entregarse a una sociedad de llegada, existe hoy en día, y en proporción creciente, migrantes cuya experiencia consiste en estar en los dos lados: aquí y allá al mismo tiempo y durante largos periodos o al menos tienen la esperanza de viajar, porque no siempre tienen esa posibilidad. Esos migrantes no se conciben ellos mismos como estando definitivamente en el otro país, sino que piensan y viven una situación bastante nueva y cambiante, pero que tiene ya una cierta duración. No se sabe si va a durar todavía decenios y estamos en una crisis también del fenómeno, crisis de las remesas, pero no solo de eso, sino también de las identidades de estas personas, de su experiencia, de su manera de ver el mundo. De hecho, la experiencia de la migración transnacional ilustra de la manera más fuerte y significativa el carácter relativo e inestable de las identidades y fronteras que se entremezclan en la escena de esa globalización asimétrica y fragmentada en que vivimos todos.

He tratado de dar unas líneas de los cambios que se están dando desde la perspectiva de los movimientos sociales en América Latina en los últimos decenios. ¿Cómo podría describirse la situación presente? Yo propongo tres puntos que necesitarían más desarrollo. El primer punto es alrededor de la pregunta: ¿qué queda de los actores que se pueden definir como clásicos?, me refiero a los actores históricos de los cuales hablábamos, que se pueden definir en términos de clase o en términos de liberación nacional o de integración nacional. Esto se podría ver desde la creación del Estado-nación, tanto en países donde dicho proceso ha sido inacabado, como en aquellos que ha sido más desarrollado, por ejemplo, México. ¿Qué queda de las categorías sociopolíticas clásicas? Primero, hablaría de las categorías en términos de clases, de esos movimientos obreros y campesinos que fueron tan fuertes, durante largos periodos en América Latina en general; inclusive en El Salvador en cuanto al movimiento campesino. Existen todavía

luchas sociales de ese tipo, luchas laborales, digamos, alrededor de los conflictos de trabajo, luchas por las tierras, conflictos alrededor de las condiciones y relaciones de producción. Inclusive, existen organizaciones sindicales con orientación de clase o movimientos campesinos como el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra en Brasil. Sin embargo, ya no ocupan una posición central y no se combinan con una perspectiva política socialista, para llamarla de alguna manera, si se habla del socialismo tal como se definía, referido a las relaciones de producción, del control del modo de producción. Lo mismo se podría decir de los movimientos de liberación nacional. En cambio, hay una reactualización muy fuerte de la ideología nacional-popular con nuevos actores, a veces viejos actores transformados. Muchos de los componentes de este tipo de movimientos son los mismos que existían en el siglo XX, digamos de los años treinta a los ochenta. Menciono solamente algunos como la construcción de la nación contra el imperialismo, el Estado como actor central del desarrollo, el papel preponderante de un líder carismático, a veces muy personificado a veces menos; el tema de la integración nacional. Son temas que repuntan, de nuevo aparecen inclusive el tema del desarrollo.

Hay una variedad de ilustraciones de esta tendencia desde López Obrador que retoma la herencia del cardenismo, modelo nacional-popular muy desarrollado, pasando por varias expresiones del llamado «socialismo del siglo XXI» con Chávez, quien no se apoya tanto en organizaciones sindicales, pero trata de organizar a los sectores populares desde arriba que también era una tendencia de los regímenes nacionales populares clásicos del siglo pasado. Además, sobresalen Evo Morales, en Bolivia, que fue llevado por el movimiento popular y que añade a los componentes clásicos del modelo una fuerte dimensión de identidad y de descolonización; Correa, en Ecuador, y el peronismo de los Kirchner. Esto si se mira un poco la historia reciente, es el fenómeno de la reactualización de lo nacional-popular, que siempre vino después de fuertes insurrecciones sociales populares: en Venezuela el «caracazo del 89»; en Argentina el «¡que se vayan todos!» en 2001; en Ecuador diferentes insurrecciones populares llevadas por diferentes sectores,

entre ellos los sectores indígenas a finales de los años 90, en 2000 y hasta 2005; en Bolivia muchas insurrecciones populares que llegaron hasta 2003.

Uno se pregunta si esos nuevos populismos, para llamarlos así, no desembocan en regímenes neocorporativistas, a veces, que absorben y neutralicen a los actores sociales. Creo que es una pregunta que dejo en el aire, porque es muy temprano para responderla.

El tercer y último punto que quería compartir es la categoría de los movimientos que se podrían llamar «extrainstitucionales», movimientos que desbordan por abajo y por encima los cuadros clásicos del Estado-nación. Los cuadros clásicos de los conflictos del trabajo y del poder político presentan un fuerte componente cultural, en el sentido de la afirmación de identidad y demandas de reconocimiento. Son habitualmente acciones fragmentadas y dispersas, no siempre desembocan en movimientos organizados y duraderos, aunque algunos sí. Se distinguen por su gran creatividad cultural, su capacidad de combinar elementos de significaciones sociales, culturales, políticas; demanda de derechos sociales, pero también de derechos culturales y de derechos políticos. El movimiento zapatista, al cual dediqué un libro de diálogo con el subcomandante Marcos y otros líderes del movimiento, ha sido ejemplar en esto, pero también los movimientos indígenas de los cuales hablé anteriormente.

Otro movimiento muy interesante, en cuanto a la articulación de lo social, lo cultural y en menor medida de lo político, ha sido el movimiento de los latinos en EE. UU., en 2006 y muchos otros movimientos menos visibles que merecen ser estudiados por su riqueza y su creatividad. También, se podría hablar de la participación de segmentos de las sociedades latinoamericanas en el movimiento antiglobalización. Esto lo dejo para la discusión, para el debate, porque estas luchas son todavía muy recientes; abren nuevas categorías, pero al mismo tiempo son muy frágiles.